

Los tártaros asedian la iglesia de Kiev

written by Redaccion | 20/06/2022

Por Hugh O'Riley

San Jacinto acababa de terminar una magnífica iglesia en Kiev, que dedicó a la Santísima Madre de Dios. Un día, cuando acababa de terminar la celebración de la Santa Misa, le anunciaron que los tártaros, los enemigos más implacables del nombre cristiano, habían llegado a las murallas de la ciudad y trataban de forzar la entrada.

Lleno de confianza en Dios, el Santo abrió con reverencia el Sagrario, y, sacando el Copón, lo ocultó bajo su túnica cerca de su corazón; luego, volviéndose hacia los religiosos y la gente que estaba de pie a su alrededor temblando de miedo, les dijo: "Seguidme, hermanos míos e hijos, y no tengáis miedo".

Pero cuando se acercó a la puerta de la iglesia, escuchó una gran voz que gritaba: «¡Jacinto, Jacinto!» Se puso de pie y miró a su alrededor, pero no pudo ver a nadie, así que se volvió para continuar su camino. Inmediatamente escuchó de nuevo la misma voz diciendo las mismas palabras.

Una vez más miró hacia atrás y, con gran asombro suyo y de todos los que lo acompañaban, vio que procedía de la imagen de Nuestra Señora, que estaba colocada en un altar cerca del centro de la iglesia. Era de alabastro y muy pesado.

"Mi amado Jacinto", dijo la gran Reina, "¿es así como vas a librar a mi Hijo de las manos de los bárbaros, y dejar a Su Madre a sus impíos insultos?" El Santo respondió que era imposible para él, que era tan débil, llevar una carga tan pesada. Entonces, Nuestra Señora dijo: "Si tuvieras un poco más de fe y un poco más de amor por mí, te sería muy fácil llevarlo".

“Nada deseo tanto como poseer ese amor y confianza”, respondió San Jacinto. “Mira, estoy listo para obedecer de inmediato”.

Diciendo estas palabras, se acercó al altar de Nuestra Señora, y con amoroso respeto, extendiendo los brazos, colocó la imagen sobre ellos, y la llevó tan fácilmente como si fuera una florecita.

Así salió del pueblo, con la imagen de la Virgen en brazos y el santo copón sobre el pecho, acompañado de sus hermanos. Pasó sin ser molestado a través de las filas del enemigo, quienes, con el permiso de Dios, se mantuvieron a distancia, y cuyos ojos fueron cegados por un tiempo para que no pudieran verlos.

Cuando llegaron a las orillas del río Dnieper por el que tenían que pasar, no pudieron encontrar ningún medio de llegar al otro lado.

Lleno de confianza en el poder del Santísimo Sacramento que tenía en una mano, y en la protección de María, cuya imagen llevaba en la otra, hizo la Señal de la Cruz. Luego, poniendo sus pies sobre la superficie de las aguas, llegó a la orilla opuesta sin siquiera mojarse las suelas de sus sandalias.

Los religiosos y gente de la comunidad que estaba con él, viendo este gran milagro, lo siguieron y llegaron también al otro lado del río, sin que el agua les pareciera tocar.

El río sobre el que pasaron así milagrosamente durante un tiempo considerable continuó mostrando la impresión de los pasos del Santo.

Muchas otras cosas maravillosas están registradas que sucedieron allí por intercesión de Nuestra Señora, lo que hizo que muchas personas abrazaran la verdadera Fe y fortalecieron y vivificaron la vida de fe en las almas de aquellos que ya la poseían.